



CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 9, Núm. 1, pp. 766-789 - ISSN 2027-5528

Territorio y resistencia cultural

Territory and cultural resistance

Wilson Torres Puentes

Universidad Distrital Francisco José de Caldas
orcid.org/0000-0002-1187-1835

Recibido: 5 de febrero del 2018

Aceptado: 3 de marzo del 2018



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación

Territorio y resistencia cultural¹

Wilson Torres Puentes
Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad
Distrital Francisco José de Caldas
Magíster en Educación Universidad Pedagógica
Nacional.

Correo electrónico: Social_es@yahoo.com.mx

ORCID ID: orcid.org/0000-0002-1187-1835

Resumen

Damos cuenta del Carnaval Popular por la Vida del barrio Britalia que se desarrolla hace más de treinta años, con objetivos políticos emancipadores descritos como resistencia cultural, que es el resultado de la acción colectiva, y fundamentalmente la educación popular. Se hace un recorrido histórico con testimonios de algunos de los protagonistas del origen y desarrollo del Carnaval Popular por la Vida de Britalia, en la localidad de Kennedy, en Bogotá, pasando por tres momentos: el origen del barrio, la constitución y consolidación del territorio, las luchas barriales, la lucha contra Gibraltar y el Carnaval como expresión de Resistencia Cultural.

Palabras clave: Educación popular, resistencia cultural, identidad, acción colectiva, carnaval.

¹ Ponencia presentada en el III Encuentro Nacional de Historia Oral y memoria: “Usos, construcciones y aportes para la paz” y II Encuentro Distrital de experiencias de Historia Oral: “Archivos, Historias de Vida, Memorias e Identidades”. Bogotá D.C. mayo 18, 19 y 20 de 2017.

Territory and cultural resistance

Abstract

We give an account of the Popular Carnival for Life of the Britalia neighborhood that has been going on for more than thirty years, with emancipating political objectives described as cultural resistance, which is the result of collective action, and fundamentally popular education. There is a historical tour with testimonies of some of the protagonists of the origin and development of the Popular Carnival for the Life of Britalia, in the town of Kennedy, in Bogota, passing through three moments, the origin of the neighborhood, the constitution and consolidation of the territory, the neighborhood struggles, the fight against Gibraltar and the Carnival as an expression of Cultural Resistance.

Keywords: Popular education, cultural resistance, identity, collective action, carnival.

Introducción

La ponencia es resultado de una investigación ya concluida y cuyo estudio centró su mirada en el denominado Carnaval Popular por la Vida del barrio Britalia, ubicado en el sur occidente de Bogotá, en la localidad Kennedy.

La ponencia gira en torno a cómo los habitantes, de lo que fue conocido como “Gran Britalia”, hoy simplemente Britalia, constituyeron como su territorio, bien sea porque compraron lotes, legales unos e ilegales otros, o por toma de tierras de las antiguas fincas y haciendas de Gran Britalia, y fundamentalmente cómo se apropiaron de estos terrenos haciéndolos suyos en el sentido de construir una identidad barrial-colectiva al luchar por derechos básicos como el agua o la educación.

Esta lucha por consolidar su barrio, además de las luchas por los servicios básicos, estuvo atravesada por luchas en defensa de la vida. Estas luchas pasaron por tres momentos emblemáticos: la primera la lucha por el retiro del Basurero Gibraltar (hoy biblioteca Tintal), la segunda, la lucha contra los asesinatos de líderes sociales y las masacres de jóvenes bajo la mal llamada “limpieza social” y demostrando un nivel superior de lucha y organización política; finalmente, la lucha contra la celebración oficial de los 500 años del mal denominado “descubrimiento de América”.

Posterior a estos tres momentos históricos y a pesar de varias crisis sociales y organizativas, es posible afirmar que Britalia es un territorio colectivo consolidado donde la filosofía o el pensamiento social de Resistencia Cultural constituye la conciencia política de sus diferentes generaciones, lo que permite tener una fuerte convivencia social en este sector capitalino

Territorio y resistencia cultural

Es curioso que un basurero ubicado para finales de los años 70 y principios de los 80 en el suroccidente de Bogotá, fuese bautizado como Gibraltar. Este pequeño territorio deriva su nombre del famoso estrecho de Gibraltar, que en la antigüedad fue conocido como las columnas de Hércules (bautizadas así por los griegos) y logró su autodeterminación con el referendo de 1967, y desde entonces ostenta en términos generales un gran nivel de vida (Anónimo, Historia de Gibraltar. 2007). Nada parecido a las paupérrimas condiciones de vida que tenían que soportar los vecinos del Gibraltar criollo, que además tomaba su nombre de la otrora hacienda donde se cultivaba cebada, donde hoy por hoy encontramos la avenida Ciudad de Cali, antigua frontera entre Britalia y Patio Bonito, lugar este último, donde se intentó instalar la planta de tratamiento de basuras en cuyas estructuras se edificó la actual Biblioteca Tintal.

Pero la paradoja no termina ahí, lo peor es que se ubicara el mentado basurero en medio de un gran asentamiento humano conocido para ese entonces como Gran Britalia.

Dicho asentamiento se conformó por múltiples formas y por gentes provenientes de varias partes del país, particularmente de Cundinamarca, Boyacá y Tolima, incluso de habitantes de otros barrios capitalinos que, o invadieron terrenos o compraron lotes a urbanizadores piratas. La administración de Hernando Durán Dussán (alcalde de Bogotá 1978-1982) tomó la decisión de ubicar allí, en este populoso sector de la ciudad, el famoso basurero de Gibraltar. Al parecer, poco importó al gobierno Distrital de aquella época, que justo allí, hubiese cientos de personas que conformaban familias en las cuales había una alta población infantil que fácilmente podía ser víctima de enfermedades infecciosas.

Pero los problemas que soportaron los primeros habitantes de Britalia no fueron sólo de basuras, pues, si bien éstas abundaban, por el contrario escaseaban todos los demás servicios públicos: no había agua potable, pero sí inundaciones; no había alcantarillado, pero sí zanjas fétidas y recibos por pagar; no había luz eléctrica, pero sí niños quemados por esfermas y veladoras, sin contar los incidentes por gasolina y cocinol (gasolina rebajada); no había vías pavimentadas, pero sí barrizales después de cada aguacero o eternas polvaredas en verano; no habían escuela, ni parques y menos zonas verdes; todo, absolutamente todo estaba por hacerse. (Avendaño, 2007).

Pero como dice la sabiduría popular, “no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista”; la desesperanza dio paso a la organización popular que creó sus propios códigos de comportamiento social, en filas para tomar el cocinol y el agua, por ejemplo, pavimentar las vías y construir el alcantarillado. En fin, la solidaridad ante el ethos común, que los hacía diferentes pero iguales en sus necesidades básicas de vida. Ante estas situaciones que laceraban su existencia común, responden con la pelea, con la lucha, con la exigencia y con la dignidad, que allí, en el sur occidente capitalino se conoce como Carnaval Popular por la Vida.

En efecto, así nació esta comunidad que poco a poco fue sembrando sus semillas y cosechando su presente y su futuro en los terrenos de lo que fueran haciendas minifundistas ubicadas en la vereda Pastrana del entonces Municipio de Bosa y que se extendía hasta lo que hoy es Britalia. Estos terrenos estaban dedicados por sus propietarios, las familias

Bernal y Díaz, al cultivo de trigo y cebada que se comercializaba con la empresa Bavaria para la producción de cerveza, así lo contaba Don Alfredo Díaz, “se le vendía a Bavaria que estaba ubicada en la 32 y el trigo en el centro, en los depósitos de la plaza España, los cultivos de cebada eran contratados desde antes de la trillada... los dueños de las fincas daban trabajo por cortar cebada” (Castellanos, Rodríguez y Galindo, 1998, p. 18).

Pero este populoso sector del suroccidente capitalino, no surgió por sí solo, de manera espontánea; la historia de Britalia está íntimamente ligada a Ciudad Kennedy. Lo que hoy todos y todas reconocemos como una “ciudad dentro de la ciudad” tuvo su origen en los antiguos terrenos del otrora Hacienda de Techo. En principio fue un barrio más de la capital, con la diferencia de que allí, a partir de 1961, se inició un ambicioso plan de vivienda auspiciado por las políticas de la Alianza para el Progreso y dirigido en el terreno por el Instituto de Crédito Territorial (ICT). A partir de 1963 y tras el asesinato del presidente de Estados Unidos John F. Kennedy, y como recuerdo de su visita al país durante el gobierno de Alberto Lleras Camargo, el nombre de este sector cambió de Techo por el de Kennedy.

Gran Britalia, se ubica en el extremo sur de Kennedy. Limita al norte con la Av. Ciudad de Cali, por el oriente con la Av. Ciudad de Villavicencio (calle 43 sur), por el sur con la Av. Agoberto Mejía (Carrera 86) y por el occidente con el río Tunjuelito, que es límite natural entre las localidades de Kennedy y Bosa. Este sector consta de unos veinte barrios que cubren una extensión aproximada de 179,41 hectáreas (Ciudad Kennedy, 40 años.2001). Este inmenso territorio se delimitó tanto geográfico como socialmente a partir de la avenida Agoberto Mejía, popularmente conocida como Avenida Abastos o simplemente la 86.

“Nosotros llegamos en el año 1969, toda la familia; fuimos los primeros que compramos en el barrio, le compramos a doña Eusebia y otro señor, el resto era potrero. Cuando llegamos no era barrio, eso eran sólo potreros, ahí donde ahora son los edificios eran sólo cebadales y había caminitos para ir a Kennedy” (Castellanos, Rodríguez y Galindo, 1998, p. 19). Si, la recién fundada Kennedy está más allá de estos pobladores, más

pobres que los que empezaban a habitar Kennedy, unos veían a Kennedy lejos de sus alcances económicos, y los kennedyanos veían esos potreros como su lugar de recreación; unos y otros se miraban desde los límites geográficos y socioeconómicos de la época, pero las vidas de uno y otro estaban trazadas hacia el inevitable encuentro por las políticas distritales y por el incontenible crecimiento de la ciudad.

Crecimiento éste que en el suroccidente capitalino significó el paso traumático de lo rural a lo urbano y por tanto una pauperización de la vida de los nuevos y antiguos habitantes del sector. Las haciendas eran, en su mayoría, herencias familiares que pasaron de mano en mano hasta sus últimos propietarios. Algunos de ellos empezaron a dividir sus terrenos en lotes que fueron vendiendo a familias provenientes del campo o a asalariados que buscaban vivienda barata. Pero la mayor venta se realizó a un solo comprador, quien adquirió un terreno o hacienda completa y dividió el terreno en lotes que después comercializó a familias necesitadas de un lugar para vivir. Esto lo corroboran en su investigación Castellanos, Rodríguez y Galindo (1998), cuando señalan que:

“El barrio Gran Britalia lo conforman 6 terrenos ubicados en las veredas de Osorio y Pastrana con una extensión aproximada de 600.000 M2 aproximadamente; los terrenos de: Las Delicias, Britalia, El Paraíso y El Carmelo eran propiedad del señor Namen Bassil, el Galpón de Roberto Wills y Zarzamora de Comercial Los Andes. Estas propiedades fueron adquiridas por Clemente Chávez, según escrituras públicas N° 4307 Notaria 2, diciembre de 1981” (Rodríguez y Galindo, 1998, p. 23).

Gran Britalia tomó su nombre del terreno del mismo nombre, Britalia, que estaba conformada por varios barrios: la Loma, Almenar, Calarcá, y otros que empezaban a poblarse con cientos de casitas de paroi². Los años 1973 y 1974 marcaron el incremento masivo de habitantes de lo que finalmente será Britalia.

De hecho, el señor Clemente Chávez, a quien algunos llamaban “Doctor”, realizó

² Término popular para denominar lugares de habitación generalmente construidos con tela asfáltica y madera, y que permitía una solución inmediata de vivienda para ya, para hoy o simplemente paroi.

sorteos masivos de los lotes, lo que incluía misa campal y asado; una especie de fiesta comunal, que no duraría mucho pues los lotes no eran aptos para vivir. Fue el paso del tiempo y la tenacidad de sus habitantes lo que domó el medio ambiente y lo hizo por fin habitable y sobre todo vivible. Esta compraventa de lotes es recordada por algunos de sus protagonistas en la siguiente narración y complementada por reportajes de Misión Bogotá.

“Fue el 4 de agosto del 73, fue a la loma y llevó bastantes boletas, eso fue cantidad de gente y hizo una cantidad de boletas en unos pedacitos de cartón, le puso nombres, manzana y lote y las echaron en una bolsa grande, él mismo se puso; hizo que la gente hiciera fila y los puso a sortear, el que sacara la boleta le tocaba en cualquier manzana. Y nos dijo que al otro día le llevaríamos \$5.000 de cuota inicial y el resto era financiado a \$400 mensuales, eso fue en agosto y en seguida dijo: nosotros se lo entregamos por tarde en un mes sus lotes. En octubre nos entregaron los lotes, pero el domingo antes de entregar los lotes, el trajo un padre allí a la hacienda e hizo bendecir el terreno, hizo una misa muy linda, una misa campal e hicieron almuerzo y nos dieron a la gente que alcanzó papa, un pedacito de carne y gaseosa y al lunes siguiente empezaron a entregar los lotes” (Castellanos, Rodríguez y Galindo, 1998, p. 23).

Tan pronto se entregaron los lotes, problemas de todo tipo brotaron por doquier y por cualquier cosa, lo que visto de manera retrospectiva era apenas lógico en una comunidad que aún no existía. Cientos de hombres, mujeres, niños, ancianos, en fin, familias desconocidas entre sí, con costumbres diferentes y vivencias disímiles, no se iban a comprender por el solo hecho de ser propietarios. Las primeras situaciones a las cuales se vieron enfrentados los fundadores de Britalia iban desde la dificultad de los terrenos para construir en ellos, hasta la falta de todos los servicios públicos, situación está que generó conflictos entre los nuevos propietarios y los urbanizadores piratas, y entre los vecinos mismos por hacerse principalmente a algo de agua y luz eléctrica.

Los vecinos organizados en el primer comité vecinal, el cual nació sobre el vehículo de tracción animal de Agustín Balbuena, firmaron en 1975 el acta de constitución de la Junta de Acción Comunal del barrio (Anónimo, 2005.) e informaron a Planeación del incumplimiento de sus exigencias y se vieron obligados a presionar para que se abriera proceso al urbanizador pirata. Dicho asunto concluyó con citación al señor Chávez para que

diera cumplimiento a la ley 66 de 1968. (Castellanos, Rodríguez y Galindo, 1998.).

No obstante, los acuerdos, el urbanizador incumplió y los vecinos continuaron por mucho tiempo sin servicios y sin escrituras que validaran su propiedad sobre los terrenos. A pesar de ello, el Distrito legalizó el barrio mediante la Resolución 118 de agosto de 1976. Este acto administrativo permitió que nuevas acciones legales se interpusieran de parte de los vecinos para lograr sus escrituras y por tanto la legalidad de sus lotes; pero fue sólo hasta 1987, cuando las primeras cartas de propiedad se hicieron efectivas (Castellanos, Rodríguez y Galindo, 1998.). Pero esta legalidad no venía acompañada de servicios públicos, todos eran esenciales, en especial el agua.

Así como ocurrió en muchos barrios populares, no sólo de Bogotá sino del país. En Britalia el agua llegó de manera irregular por medio de mangueras con destinos a las piletas. Allí la gente salía muy temprano en la madrugada o muy tarde en la noche para hacerse con el preciado líquido, incluso caminaba largas jornadas ida y vuelta hasta barrios cercanos a donde llegaban los carro-taques del acueducto.

Por la falta de agua se incubaron cientos de conflictos que incluso se dirimieron con la agresión física y verbal, así lo recuerda Mari Sol Avendaño:

“había muchas chambas porque no había alcantarillado, el agua se recogía en pilas, en la cuadra nuestra había una pila y entonces o se hacía con canecas o se pasaba... tuvimos un tiempo que se bajaban mangueras hasta la casa y uno lo que hacía como niño era cuidar la manguera para que los vecinos respetaran el turno, de cada casa, se establecían como turnos y entonces a uno le tocaba cuidar la manguera, que era determinado tiempo. Alguna vez una señora me tiró dentro de una chamba porque nos tocaba a nosotros, y entonces ella llegó a poner su manguera y como no la dejé, entonces me tiró en la chamba” (Entrevista, 18 de octubre de 2008).

La situación requería, ante la negligencia del urbanizador pirata y el olvido estatal, la acción colectiva de la comunidad. Al efecto, se organizaron turnos y tiempos específicos para recoger el agua, se limitó el número de galones por familia, se organizaron grupos para cuidar que las mangueras no fueran cortadas ni enterradas bajo tierra en beneficio de unos

pocos, al mismo tiempo la primera Junta Comunal del barrio realizaba acciones jurídicas ante la Empresa de Acueducto y Alcantarillado (EAAB), que nunca se hicieron efectivas.

El alcantarillado que tuvo Britalia fue fruto del trabajo y la decisión de sus habitantes, una especie de “poder popular” por el nivel de organización que demostró y sobre todo por reemplazar al Estado en sus funciones. Esto, tiempo después le ocasionaría a los habitantes del barrio nuevos problemas, pues lo que construyó con su esfuerzo físico, económico y creatividad, sería apropiado por la EAAB y la administración se haría presente, pero con el cobro de impuestos y los servicios de agua, alcantarillado y luz, que la comunidad había erigido o que incluso aún el sector no gozaba de ellos, como la pavimentación de las vías de acceso peatonal y de transporte.

Si el padecimiento de la sed producida por la escasez o incluso nulidad de agua era grande, la luz eléctrica domiciliaria y pública no era la excepción. Este servicio llegó al barrio por acción directa de los vecinos pirateado de postes cercanos a la 86.

“Porque eso se hace, se trae de donde uno encuentre luz, entonces cuando nosotros nos vinimos para la casa, trajimos la luz del Nuevo Kennedy, nos unimos cuatro personas y compramos el cable y los postes, palos; eso íbamos abajo al bosque y allá comprábamos esos palos, instalamos los palos y trajimos la luz, Pero eso alumbraba como una candelilla, eso no servía para nada, esa luz no alumbraba nada, pero la dicha era tener luz en casa... nos robábamos la luz de allá de la avenida de Pastranita” (Castellanos, Rodríguez y Galindo, 1998 p. 35).

Finalmente, después de muchos vaivenes, cartas, quejas y reclamaciones ante el Estado, la EAAB y el urbanizador Chávez, en 1976 se “hizo la luz” en Britalia.

Menos alentador o diferente fue el caso del alcantarillado; éste se redujo a una red de zanjas que cruzaban el barrio, sector por sector, como dibujando un campo de batalla lleno de barricadas elaboradas a punta de barretón y pala por brigadas de vecinos y vecinas que trabajaban incansablemente el difícil terreno de carácter fangoso. Esta obra de ingeniería popular aprovechó los viejos desagües o vallados de las ya desaparecidas

haciendas o simplemente trazando un largo y poco profundo agujero, en el que algunos grupos de vecinos por su cuenta y riesgo sembraron tubos de drenaje para las aguas negras que igual iban a parar a los vallados. Este improvisado sistema de alcantarillado terminó por generar fuertes problemas de insalubridad que afectaron principalmente a niños y niñas del sector, tanto así que en 1985 la Secretaria de Salud decretó una epidemia de tifo (Castellanos, Rodríguez y Galindo, 1998). Ante esta terrible situación, una vez más los vecinos de Britalia hicieron gala de su capacidad auto-organizativa, de su acción colectiva y emprendieron por sí mismos la construcción del alcantarillado.

Los trabajos se iniciaron tan pronto se firmó el contrato, pero ni la empresa, ni la comunidad tuvieron en cuenta los estudios de suelos realizados por la EAAB y la obra, en términos generales, quedó estancada, debiendo dejar la terminación de la misma en manos del Distrito.

Lamentablemente la administración de ese entonces no asumió las obras de manera inmediata. De hecho, dos años después (1984-1986), aún no existía una infraestructura capaz de soportar una emergencia, como en efecto ocurrió el 15 de enero de 1986. “Un charco fue lo primero que pisó Juliana Ulloa al levantarse de su cama una mañana de enero de 1986. Sus pies chispeaban el agua mientras, con dificultad, alcanzaba la puerta. Ante sus ojos confirmó la esperada eventualidad y, en medio de sus labios partidos, lanzó una voz entrecortada: “¿Otra vez?, ¡no puede ser!”. (Misión Bogotá, anónimo, 2005.)

Pero si, era verdad, los cielos cargados de agua, se desbordaron sobre Bogotá generando inundaciones y emergencias por doquier, siendo los sectores populares y pobres los más afectados. En el caso del suroccidente, Britalia quedó sumida en aguas negras, aunque la peor parte se la llevó otro barrio de la zona, Patio Bonito, no se salvó ni la novedosa Corabastos que colinda con el mentado barrio. “...las salas, comedores, patios de ropas y cocinas rápidamente se inundaron, el nivel de las aguas subió vertiginosamente y hacia las 10 de la noche alcanzó metro y medio” (Castellanos, Rodríguez y Galindo, 1998 p. 39). El desespero de los vecinos al ver sus pocas pertenencias y propiedades, a sus hijos y a ellos mismos presas de las aguas, los llevó a la obligada movilización, no vieron ni

tuvieron otra salida, ya llevaban años y años de laborioso trabajo comunitario y de acciones jurídicas frente a las entidades del Estado y la respuesta siempre había sido la misma: no hay dinero, no se puede, no está en el proyecto, el barrio es ilegal; en fin, la negligencia y el abandono eran las únicas contestaciones que al parecer terciaban de parte del Distrito.

La movilización, aunque espontánea, fue producto de una Asamblea General convocada en medio de la gran laguna que para esa mañana era Gran Britalia. Se acordó subir a la 86 y tomarla y mantenerla bloqueada hasta obligar a la presencia de la prensa y de las autoridades de la ciudad; este hecho inauguró, la tradición, no sólo de organización, sino de lucha política que el sector de Britalia ha sostenido históricamente.

“En el 86 el barrio sufrió una inundación terrible e hicimos una marcha en la cual bloqueamos la carrera 86 y protestamos porque no teníamos alcantarillado. El señor alcalde vino y vio que la problemática era tan grave que otorgó recursos para construir recolectores de agua pluviales”, señala Carlos Medina, quien recuerda que esta protesta no fue la última ni la más eficaz” “Cientos de vecinos se movilizaron hacia la carrera 86, bloquearon el transporte, cerraron vías, pintaron improvisadas pancartas y protestaron. El alcalde Rafael de Zubiria alistó sus botas pantaneras y visitó el sector; negoció y negoció. Al cabo de un par de meses el Concejo de Bogotá declaró al Barrio Britalia en emergencia sanitaria y le asignó 800 millones de pesos para la construcción del alcantarillado y recolectores de agua lluvia”. (Misión Bogotá, 2005.)

La construcción del tan anhelado alcantarillado abrió la posibilidad de la pavimentación de las vías del barrio, que en época de invierno eran verdaderos lodazales y en verano inmensas polvaredas; en ambos casos, sobre todo los niños y las niñas se enfermaban. Como ya era costumbre, este servicio público también le costó a los vecinos “sudor y lágrimas” aunque fue menos traumático que todos los procesos anteriores; de hecho la pavimentación se inició un año después de la inundación y la toma de la Agoberto Mejía. Entre 1986 y 1987 se dio inicio al Plan Ciudad Bolívar logrando la pavimentación de las principales vías del barrio; este hecho animó a los vecinos del barrio a la aventura comunitaria de pavimentar por autoconstrucción las vías internas, que en un principio eran peatonales, pero que por las obras populares quedaron convertidas en vehiculares. (Castellanos, Rodríguez y Galindo, 1998).

Solucionado medianamente el problema de servicios públicos se presentó una nueva situación, el Basurero de Gibraltar (Hoy Biblioteca Tintal): *“Ese basurero era un foco de contaminación, no era ni siquiera un relleno sanitario, era como su palabra lo expresa, un basurero, un botadero; las epidemias de mosquitos y de todas estas cosas que genera la basura, empezó a afectar bastante a todas las comunidades”* (Mauricio Castellanos, entrevista, abril de 2008).

No es muy razonable pensar desde el tiempo presente que, a una administración, en este caso una alcaldía (Hernando Durán Dussán, alcalde de Bogotá 1978-1982), y para más, la Alcaldía mayor, se le hubiese ocurrido instalar un basurero en medio de un asentamiento humano al menos por razones de salubridad, si se tiene en cuenta los antecedentes que ya presentaba el sector sobre constantes problemas de salud, en especial la población infantil. A pesar de lo desequilibrado de la propuesta, el mentado basurero se instaló, quizás lo más risible o más acorde con el “realismo mágico” que ni siquiera todo lo permite, la administración de turno no tuvo reparos en dar la orden y millones de toneladas de basuras de todas las clases, colores y olores inundaron de nuevo a Britalia, dado que: “a comienzos de los años 80’s en la parte occidental de la localidad, cerca de Patio Bonito y Britalia, el Distrito dio apertura al basurero de Gibraltar” (DLK, 2005, p. 30).

Como era previsible, aunque para las autoridades de la ciudad no lo fue, las condiciones de saneamiento básico de la localidad de Kennedy desmejoraron notablemente; sin lugar a dudas, empeoraron hasta niveles inimaginables las condiciones del medio ambiente de los vecinos de Britalia y Patio Bonito. Ante semejante situación se vio avocada toda la comunidad, según sus particulares condiciones, a asumir el basurero como un problema o como una oportunidad de trabajo. Si bien las pilas de agua, los postes de luz, las pavimentaciones de vías marcaron la conformación del barrio y sus habitantes, nada lo haría tanto como Gibraltar, incluso hasta nuestros días, el basurero es un hito en la historia de lucha de Britalia y sus vecinos.

Tal afirmación cobra sentido al analizar las diferentes entrevistas realizadas y las

conversaciones informales que se sostuvieron con varias personas ligadas a la historia de Britalia. Gibraltar es de recordación no grata, pero a diferencia de las luchas por el agua, la luz o la pavimentación de vías, en este caso la comunidad por muy organizada que hubiese estado, nada habría logrado por autogestión, la única manera de erradicar el basurero era la acción colectiva y por consiguiente la acción política directa, es decir la movilización y la lucha.

Pero la lucha fue lo último que se hizo, entre tanto, debieron convivir con el indeseable y mal oliente vecino. Siete años era tiempo más que suficiente para aguantar en sus propias casas, en sus calles, y por qué no decirlo en sus propias narices; al famoso botadero había llegado la hora de ponerle fin, terminación a ese “monstruo” que día a día crecía con el paso de las volquetas de la Empresa Distrital de Servicios (EDIS), que arrojaba toneladas de inmundicias que en otras partes de Bogotá no querían y tampoco les interesaba a dónde iban a parar. De cara a esta situación y con la experiencia de organización comunitaria, la Junta Comunal y varias organizaciones sociales de distinta filiación ideológica y política se unieron para conformar un Comité Pro erradicación de Gibraltar. En realidad, esta propuesta lo que hacía era servir de confluencia a una serie de actividades que estas organizaciones ya venían realizando en los sectores donde tenían presencia o algún tipo de influencia. Precisamente

“una combinación de liberales, comunistas y religiosos y entre ellos la misma juventud organizada, pues se inventa todo el cuento de resistencia cultural, obviamente que eso nace a partir del botadero de Gibraltar, que era lo primero que tenían que sacar de ahí para mejorar su calidad de vida ambiental, entonces ahí es cuando comienza la misma juventud a partir de esos tres sectores que le comento, ya organizados y se unen, ahí nace el CPC, Nueva Esperanza, CIPROC, se me escapa una organización de liberales que tenían más de socialistas que de liberales, pero sin embargo le metieron también la ficha y aportaron también a ese proceso” Jairo Rico (Entrevista, marzo de 2008).

Estas acciones emprendidas de manera coordinada, sumado a los petitorios enviados por la Junta Comunal para que fuese retirado el basurero, no surtieron efectos más allá de las fronteras del barrio y el sector en general; se hizo imprescindible una gigantesca

movilización nunca vista en el sector, pero que además rompió el paradigma de las protestas no sólo de Britalia y Kennedy, sino de la ciudad y seguramente del país. Lo primero que se hizo fue una fuerte campaña de concienciación de los habitantes sobre el grave problema que representaba Gibraltar, aunque ofreciera algo de empleo. Se aprovechó la coyuntura de los 450 años que para entonces cumpliría la Capital de la República. Fue tanta la acogida de la convocatoria que no sólo llegaron los vecinos de Gran Britalia, sino de todo Kennedy y de otros barrios de la ciudad y de organizaciones sociales y teatrales; nadie sabía qué iba a resultar, pero de algo sí estaban seguros, esta vez los habitantes de Britalia: no estaban solos y se preparaban para escribir una página fundamental en la historia de las luchas populares del país. Veamos:

“Por ahí, en el archivo hay una cantidad de volantes que sacamos en ese año y fue una gran campaña ecológica realmente que se hizo, pero con un fuerte acento político, de cara a hacer visible lo que pasaba en este sector de la ciudad, mientras Bogotá celebraba los 450 años, el lema era “Britalia, también es capital” y “si las no sé qué no se van, que se vaya Gibraltar”, era una cantidad de lemas que teníamos ahí, y bueno realmente la acogida que tuvo la propuesta de carnaval fue impresionante” María Elena Céspedes (Entrevista, octubre de 2008)

Para cualquier persona que se acerque a la historia reciente de Britalia será innegable que, si bien Kennedy tiene un alto potencial cultural y político, dentro de ese espacio, y desde 1988. Britalia ha marcado la pauta. Pero hablar de este barrio es hablar de sus primeros habitantes, de los vecinos, -entendiendo por ello los lazos sociales que se empiezan a tejer al calor de conflictos y de encuentros, de enfrentar juntos sus necesidades y de forjar sus propias organizaciones, sin las cuales quizás, no existiría ni siquiera el famoso barrio-. Al menos así lo señala Misión Bogotá en sus reportajes:

“Aún faltan problemas por resolver. Aún sus habitantes creen que el Distrito nos les presta el suficiente apoyo. Sin embargo, los sacrificios de sus fundadores hace 20 años para sacar el barrio adelante no fueron en vano. La mayoría de las vías de Britalia se encuentran pavimentadas y, actualmente, cuenta con 22 zonas verdes, un Centro de salud y varios colegios de educación básica primaria, secundaria y media vocacional. Ya las volquetas de la empresa de aseo no arrojan basura ni se presentan enfermedades

infectocontagiosas. Britalia dejó de ser el patio trasero de la ciudad y se convirtió en un gran Carnaval” (Misión Bogotá, 2005.).

Dar un sentido al Carnaval Popular por la Vida de Britalia pasa, entonces, por la construcción colectiva, que se vuelve política cuando las comunidades se hacen partícipes en la definición y realización de su sentido; es decir, en tanto definen sus objetivos comunes, que suelen ser la reivindicación de sus derechos como ciudadanos (carnaval del 88), la recuperación de la memoria colectiva (carnavales del 91 y 92), o la solidaridad con otras luchas populares, como la minga indígena (carnaval de 2008).

Eso implica trabajar desde lo concreto local por la utopía de la transformación de la sociedad; una transformación, en la medida de lo posible, para el hoy, para la cotidianidad, no sólo para después. “La transformación de la sociedad es un proceso objetivo-subjetivo colectivo y múltiple que no puede relegarse hasta después de la toma del poder. No se producirá nunca transformación social alguna, estable y duradera, si no es a partir de la transformación cotidiana y radical de los hombres y las mujeres que la integran” (Rauber, 2003, p. 71).

Asumir el CPV como acción colectiva requiere detenernos en algunos rasgos que lo definen como tal, apoyándonos en los planteamientos de Alberto Melucci (1999). En primer lugar, empecemos por decir que, por sus características, el CPV comparte ciertos rasgos con los nuevos movimientos sociales, así no lo consideremos como tal. En primer lugar, rompe con una tradición de lucha urbana proveniente de los años 70 y que tocó los primeros años del decenio de los 80, al innovar las formas de movilización social y lucha política, desde las cuales han contribuido a fortalecer la cohesión de los pobladores de Britalia, resolver problemas comunes (por ejemplo, erradicar un basurero) y conseguir la atención del Estado y de la sociedad en general.

En segundo lugar, porque la lucha contra el basurero de Gibraltar, no fue una lucha vanguardista de un sector clasista o vinculado a un partido de izquierda; fue un movimiento conformado por grupos organizados de la comunidad de Gran Britalia, como los catequistas, los grupos de mujeres y de jóvenes, las incipientes asociaciones de ecologistas,

teatros y ollas comunitarias, entre otros. Además de los tradicionales repertorios de lucha (tomas de lugares públicos y bloqueos de vías), generaron un carnaval, no sólo como expresión simbólica sino como instrumento de acción política. En tercer lugar, porque el carnaval en sí mismo es un movimiento social con las características de ser cultural. Entonces, hablar de Movimientos Sociales (MS) en los actuales tiempos, requiere incorporar las claves interpretativas generadas en torno al estudio de los denominados Nuevos Movimientos Sociales (Melucci, 1997), es decir, aquellos que tanto por los sujetos que los componen, como por sus representaciones simbólicas, por los espacios que ocupan y por los discursos y propuestas que manejan generaron espacios más amplios de discusión y de acción política, relegando un poco a los sectores tradicionales como el vanguardismo obrero. Analizando la acción colectiva en las sociedades contemporáneas, Melucci (1999) afirma:

“los movimientos son construcciones sociales. [Dónde] Más que una consecuencia de crisis o disfunciones, más que una expresión de creencias, la acción colectiva es “construida” gracias a una inversión organizativa” (p.37). Dicha inversión organizativa, es para este autor, un nivel analítico olvidado o no observado por otros teóricos, donde la inversión implica “distribuir valores, potencialidades y decisiones en un campo que está delimitado [por] las posibilidades y fronteras establecidas por las relaciones sociales [qué] condicionan la acción” (Melucci, 1999, p. 37).

Por ejemplo, en Britalia durante las primeras acciones emprendidas en pos de sacar el basurero de Gibraltar, desde la biblioteca

“se convocaban actividades de limpieza de sectores, de campañas de aseo o de recolección de basuras, de mejoramiento de sectores, de mejoramiento de barrios y pues como catequista uno empezaba a participar en esas actividades con los sardinis y de una u otra forma uno vio la evolución del barrio, cómo fueron metiendo alcantarillado, acueducto, como a partir de ese plan que llamaron creo “Ciudad Bolívar” se hace toda la pavimentación de las vías, como que vamos viendo la transformación del barrio durante todo este tiempo”. (Mary Sol Avendaño, entrevista, octubre de 2008).

Esta acción, a la que se refiere Melucci (1999), es la Acción Colectiva, que es una construcción social, la cual a su vez debe ser abordada desde lo empírico con el fin de comprender la verdadera realidad del movimiento, en este sentido y siguiendo a este autor, si pretendemos hacer investigación sobre la acción colectiva, y el movimiento social que lo posibilita, debemos tomar como elemento de análisis la naturaleza diversa y compleja del mismo, que posibilita a su interior “una amplia gama de procesos sociales, actores y formas de acción. El problema entonces, tanto para la política como para la teoría, es comprender cómo y por qué se logran conjuntar esos procesos” como el CPV que es “una acción colectiva porque a través del carnaval se teje, digamos, una red social donde están presentes no solamente los grupos culturales, sino también las juntas comunales, las organizaciones de jóvenes, etc.”. (David Moreno, entrevista, agosto de 2008)

Entonces, debemos también tener en cuenta ¿cómo es que se unen los sujetos y por qué se unen? La respuesta la ofrece Melucci en tres niveles, cuando señala la acción, los medios, y el ambiente, como esenciales para que los individuos generen ese “nosotros/as” que les hace ser colectivos. De acuerdo a esta caracterización, tenemos que la acción, es el sentido que tiene dicha acción para el protagonista de la misma. Los medios, aquellos que refieren a las posibilidades y límites de la acción que se pretende emprender, y finalmente, el ambiente, como el lugar o campo donde se desarrolla o se desarrollará la acción. Estos elementos al interior del CPV de Britalia, no se pueden observar fácilmente por separado, más bien forman un todo, en donde según al momento histórico se privilegia uno u otro. Mauricio Castellanos lo narra así:

“El carnaval nos educó en el trabajo colectivo porque, gracias a ese conocimiento que tuvimos las organizaciones de Britalia en torno al carnaval, fue que logramos ganar, dos veces la Junta de Acción Comunal, o sea, gracias a eso aprendimos, conocimos cómo se trabaja en una JAC, qué son sus estatutos y mucha gente aprendió de eso, de esos procesos de participación, digamos comunitaria, se aprendió mucho en lograr sensibilizar a la gente sobre la situación real del país, o sea, mucha de la gente que ha pasado por el carnaval es sensible frente a la situación del país, es gente que es inquieta frente a los diferentes conflictos que hay en nuestro país y creo que el carnaval sí ha logrado eso en educación, en formar gente, en formar líderes, en concienciar a la gente en torno a lo que deben ser los proyectos colectivos, creo que sí ha sido importante, no ha sido un educador formal, pero ha sido un educador popular del carajo” (Entrevista,

abril de 2008).

En efecto, la acción colectiva no es espontánea, es el fruto de la construcción colectiva o si se prefiere del tejido social, que en Britalia se explica por el cúmulo de acciones emprendidas por la comunidad desde sus organizaciones populares generando lazos muy fuertes de solidaridad al tiempo que espacios de conflicto. La Educación Popular (EP) como acción pedagógica liberadora, implica la confluencia de varios factores de orden político, social, cultural, que son necesarios de comprender. En primer lugar, la EP desde sus planteamientos iniciales hasta hoy, tiene sus propias metodologías y didácticas que la particularizan con relación a otras prácticas educativas. Siguiendo a Torres tenemos que

“los rasgos más visibles de la EP han sido la definición de criterios educativos tales como la construcción colectiva de conocimiento, el diálogo, el partir de la realidad de los educandos, la participación y la articulación entre teoría y práctica [...] la preocupación por crear, retomar y desarrollar metodologías coherentes con los principios emancipadores de la Educación Popular, ha llevado a que sus impulsores innoven y reflexionen sobre su que-hacer” (Torres, 2008, p. 21).

Estas particularidades, según mis observaciones, han operado en el quehacer educativo popular de Britalia y su carnaval. Tanto en la construcción colectiva de barrio, como del carnaval y sus intenciones, sobre todo desde 1990, que apuntan a transformar la sociedad, cambiando las prácticas cotidianas mediante las cuales se relacionan los sujetos sociales.

“La Educación Popular, es entonces la condición por la cual el sujeto se forma a partir de lo que reconoce en su entorno, es la posibilidad de la formación que se da, sí, la estructura que se da a partir de esos elementos que lo rodean cotidianamente como son el rebusque cotidiano, el ver el proceso de hambre que se siente en la zona, el ver cómo tengo que trasladarme para diferentes zonas muy alejadas para poder transportarme, las vías de comunicación inaccesibles, la insalubridad por estar, por ejemplo, viviendo aledaño a la ribera del río Bogotá, el proceso de zozobra cotidiano que se vive cuando hay un lugar de alto riesgo para tener la vivienda, esos elementos son los que hacen el proceso para educar al ser, y ese ser humano educado popularmente se fortalece a partir de ese escenario que tenemos ahí, de ese andamio político que se ve allí. La idea

entonces de la EP”. (David Cerero, entrevista, abril de 2008)

Efectivamente, de lo que estamos hablando es de prácticas de Educación Popular, que en Britalia se han desarrollado directa e indirectamente. Cuando digo directamente, hago referencia a las acciones educativas y pedagógicas emprendidas por las organizaciones sociales con objetivos específicos de influir ideológicamente sobre la comunidad o como mínimo sobre sus bases de apoyo.

Serían indirectas cuando se forma a las personas sin que necesariamente la formación-aprendizaje esté mediada por el discurso de la EP. Ejemplo de esto último son los talleres de elaboración de máscaras, los grupos de teatro, talleres de maquillaje, de zancos, de poesía, de música. También encontramos jornadas colectivas de aseo, o corte del pasto, pintura y arreglo de parques que, por supuesto, son educativas y generan en los vecinos lazos de comunidad.

“En esencia la resistencia y la educación popular de hecho eso es algo de las clases populares, de las clases trabajadoras y tiene que ir cogidas de la mano, porque si yo planteo resistencia, tengo que educar a los que les quiero motivar la resistencia y al tocar el tema de la resistencia mediante la educación popular tengo que tocar el tema político, o sea lo inherente, lo uno lleva a lo otro, y es esencial la educación popular; lo que pasa es que nosotros tenemos que buscar algunas didácticas de cómo llevar ese mensaje, que de todas maneras a nuestro pueblo lo han ido bombardeando de tal forma que lo enajenan del debate político, que lo enajenan a nivel ideológico, entonces la EP, tiene que encontrar los caminos para lograr concienciar a la gente sobre su situación, ahí es donde yo veo que tenemos grandes falencias en las formas de llevar nuestros mensajes, en las formas de desenmascarar las cosas, que los tiempos cambian, ya no es el mismo tiempo que uno hacía el video-foro, hoy lo que toca hacer es un foro virtual, sí, entonces nos toca acomodarnos a las situaciones y a las mismas situaciones de los muchachos, ahí es donde juega la EP, por ejemplo a utilizar herramientas como el Internet, como las utilizamos y ya hay organizaciones que las utilizan muy bien, que se han ido perfeccionando y ya tienen como un sentido, ya han logrado incentivar un poco a ese sector que la tecnología no lo ha ido arrebatando”. (Mauricio Castellanos, entrevista, abril de 2008)

En el caso de Britalia, es justamente la defensa de esa memoria colectiva lo que le

da sentido a Britalia como barrio, como comunidad, no idealizada por supuesto, permitiéndole además ser vecindad, construir su carnaval como patrimonio no sólo de los britaleños, sino de la ciudad, que hoy, veinte años después, reconoce a Britalia como parte de la capital. Esta construcción colectiva, como ya se ha planteado, no hubiese sido posible sin el recurso de la Educación Popular, que ha permitido la reivindicación de la Cultura Popular, y de una Acción Colectiva popular con una clara intención política, la de resistir. Llegados a este punto y siguiendo el hilo demarcado por los entrevistados, es necesario ahondar un poco más sobre la resistencia cultural y su praxis en Britalia, veamos.

La resistencia ha sido normalmente naturalizada como el aguante, el soportar, sobrellevar la carga, paciencia, en fin, resistir pasivamente condiciones indignas de vida. Este tipo de resistencia, que llamaremos negativa, ejerce acciones que por lo general no pasan a la acción directa, aun cuando se trate de conspiraciones. Pero la resistencia no es un hecho por demás estático, al contrario, es dinámico, es decir, tiene movimiento y como movimiento es que me interesa su análisis. Ya se dijo, que ni se está estudiando la cultura, ni la resistencia por aparte, sino bajo la dinámica impresa historiadamente por la comunidad de Britalia a su carnaval y de este al discurso y la acción de la resistencia cultural, dado que allí se conjugan tres elementos fundamentales la educación popular, la resistencia cultural y la política:

“Esas tres palabras las he venido como asociando, pienso que la Resistencia Cultural y la Educación Popular juegan un papel fundamental, pero hay una línea transversal entre esas dos que viene siendo la Política”. (David Cerero, entrevista, abril de 2008)

Llegados a este punto vemos que hablar de resistencia cultural en Britalia, en el marco del Carnaval es algo, si no inédito, al menos particular, dado que difícilmente se encuentran al menos para Bogotá, experiencias similares que permitan hacer un análisis comparativo. En efecto, la experiencia de Britalia, que mantiene a un gran número de vecinos movilizados en torno a la organización y puesta en escena de su carnaval, para conmemorar la memoria histórica y denunciar y protestar contra lo que se considere

785

política y socialmente injusto; entonces, el carnaval de Britalia no es únicamente un evento fiestero, como otros del mismo formato, por el contrario tiene un componente subversivo que pretende, por medio de la organización y la acción cultural, transformar la sociedad, empezando, como ya lo hemos visto, por su propio entorno social y privado. Al respecto tenemos que:

“La resistencia es algo vivo, no es un discurso, no es algo que yo echo en un papel y lo leo el día del carnaval, sino que tiene que ver con la cotidianidad no, tiene que ver con que las mujeres por más que se maten la espalda lavando ropas, no les alcanza lo que ganan o tiene que ver con que solapadamente se están dando una cantidad de situaciones en los barrios populares, con que la policía, sale y dice a los jóvenes a las 6 de la tarde que se tienen que entrar a las casas, porque no están haciendo caso de guardarse y ellos los van a levantar, por ejemplo. Tiene que ver con todo eso, entonces la resistencia es algo vivo y tiene que estar en la fibra de la sensibilidad para hablar por lo menos de eso, de decirle a la gente oiga es que eso no es un show, no es la guerra en vivo y en directo que están pasando, porque esa es un poco la imagen que se vende, “hay es que mire, como es que ellos le van a dar machete a no sé quién...” que eso es lo que se está vendiendo no”. (María Helena Céspedes, entrevista, octubre de 2008)

Conclusiones

Señalemos entonces para concluir este capítulo, que la resistencia cultural no es exclusiva de la comunidad de Britalia y tampoco que el carnaval es la única manera de expresar tal resistencia. En mi propósito de conclusión, me valdré aún de la voz de los entrevistados, empecemos entonces por David Cerero, quien no dice que:

“Hay espacios también, escenarios muy importantes, digámoslo así masivos, que hacen parte también de que esta cultura no sea una cultura económica, no sea una cultura en la cual la gente tenga que pagar por acceder, por ejemplo escenarios gratuitos como rock al parque, y que si esos espacios son o no son de RC, yo siento que sí, hay mucha resistencia cultural, claro, en cada uno de esos espacios, la demostración por ejemplo de cada uno de los grupos de rock en Colombia es que han hecho un proceso también de resistencia política, y han enmarcado sus letras sus canciones a resistir políticamente y han nacido nuevos grupos que hacen procesos también de resistencia cultural. En las localidades indudablemente y sobre todo en estas zonas donde tenemos mayor número de hacinamiento y marginalidad como ha sido Ciudad Bolívar, Bosa, Kennedy,

Engativá, Fontibón, la misma localidad de Usaquén, bueno, Cerro Oriental y esas zonas han tenido también trabajo con la contracultura, entendida pues desde mi forma ver la contracultura como el proceso por el cual la gente logra el empoderamiento para asumirse políticamente y resistir frente a la alienación”. (David Cerero, entrevista, abril, 2008)

Pero la diferencia radica en el hecho, que argumentan y defienden en su gran mayoría los actores de carnaval, fundamentalmente los equipos de organizadores (nuevos y antiguos), del sentido político emancipador, que tiene el Carnaval por la Vida de Britalia.

En efecto en la sola localidad de Kennedy, hay más de veinte eventos de cultura popular, y por el mismo hecho de reivindicar las tradiciones populares se podría inferir que en esos actos y en esos escenarios hay resistencia cultural, pero en comparación con Britalia no la hacen explícita, o en otras palabras el elemento abiertamente político, alimentado históricamente por prácticas de educación popular, acciones colectivas y democracia popular, no se hace presente o simplemente no entra en escena. Ahí reside el contraste con Britalia.

Hay, que decir también que son unas condiciones socio-políticas muy particulares las que permitieron la emergencia del CPV, exige que nos detengamos únicamente en las condiciones de orden estructural, y las ubicamos en un espacio de tiempo, años 60's, 70's y parte de los 80's. Es posible afirmar, que con pequeñas variaciones la conformación de barrios urbanos y comunidades urbanas es muy similar, al menos en lo que a Bogotá se refiere (Mosquera, 1998) Pero no todos los barrios tienen un proceso de carnaval o de gran formato con una intención política clara, resistir desde la cultura al sistema en todas sus variables, sociales, económicas y culturales.

“El carnaval de Britalia surge en unas condiciones muy particulares, con unas organizaciones muy comprometidas y si uno se pone a hacer la comparación, aunque es odiosa, con otros eventos, de Kennedy no tienen la misma fortaleza, por ejemplo el “Festival del agua y el fuego”, que es un evento importante del Socorro, que organiza Tea-Tropical, pese a que mucha gente del Jacqueline, del Socorro, del Aristóteles Onasis, participan, no le tienen como un sentido político es el evento de encuentro de

esparcimiento y de utilización del tiempo libre, pero no tienen como tema la resistencia, o sea el tema político de hecho no lo tocan, y si no hay un tema político que se toque o un ingrediente político en ese evento difícilmente se va a poder hablar de resistencia”. (Mauricio Castellanos, entrevista, abril, 2008).

En fin, Resistencia Cultural es aquella acción de orden colectivo que desarrollan los sectores populares, en este caso las comunidades de Britalia, para quienes, que desde la apropiación histórica, cultural y política de su espacio, ejercen la resistencia y generan alternativas de transformación social. Así, la resistencia es el resultado de la acumulación de fuerzas (organizaciones y acciones sociales), de procesos sólidos de conformación de identidades colectivas y de años de experiencia en la lucha política que los habitantes de Britalia han desarrollado durante dos décadas; es cultural, no sólo porque sea un evento festivo y esté inscrito en el marco del carnaval popular, sino porque en ella, están inscritas las representaciones y reivindicaciones de los individuos y colectivos poblacionales en lo tocante a la vida política (participación democrática), cultural, social y económica.

Bibliografía

Avendaño, M. S. (2007). *Memorias del camino, todo empezó...entre el barro*. Reconstrucción histórica del CPC 1978-2003. Bogotá: Ed. Codice.

Barreiro, J. (1974). *Educación popular y proceso de concientización*, Bogotá. Ed. Siglo XXI.

Bustos W. (2003). *Carnaval Popular por la Vida, Britalia, Memoria, Resistencia y Esperanza*. Bogotá: Fondo de Desarrollo Local, Kennedy.

Castellanos, L. M. (1998). *Britalia un Legado de Historia*. Segundo Concurso de Historias Barriales y Veredales. Bogotá No publicada. (BLAA).

- González, P. M. (2005) *Carnestolendas y Carnavales en Santa Fe de Bogotá*, Bogotá: Ed. Intercultura.
- Giménez, G. (s.f.). *Materiales para una teoría de las identidades sociales*, Instituto de investigaciones sociales de la UNAM.
- Lanchero, E. J. (2000). *El Caminar de la Resistencia, una búsqueda histórica*. Bogotá: Ed. Codice.
- Martin-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Ed GG.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: Ed. Colrex.
- Mosquera Rosero, C. (1998) *Acá antes no se veían negros. Observatorio de cultura urbana*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- Rauber, I. (2003). *Movimientos sociales y representación social*. Bogotá: Ediciones desde abajo.
- Scott, J. (2000) *Los dominados y el arte de la resistencia, discursos ocultos*. México: Ed. Era.
- Torres, C. A. (2008). *La Educación Popular, Trayectoria y Actualidad*. Bogotá: Ed. El Buho.
- Torres Carrillo. (2003). *Organizaciones populares, identidades colectivas y ciudadanía en Bogotá*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.